

se dice que Omar la distribuía, no según el mérito de los individuos, sino en proporción á sus necesidades (1). Las victorias de los Arabes en las comarcas más ricas del mundo aumentaron inmensamente el tesoro de los pobres. Pero esa fuente de ingresos se agotó con la conquista, aunque siempre quedó un fondo especial de caridad. Mahoma gravó los bienes inmuebles de los creyentes con el diezmo á favor de los pobres, el cual es un canon religioso que representa, por decirlo así, el derecho de Dios sobre los bienes de la tierra. Ese diezmo sirve para socorrer á todos los desgraciados, indigentes, viajeros, deudores insolventes; sirve también para rescatar esclavos maltratados por sus dueños, y también se emplea para edificar hospitales, hospicios y colegios (2). Hay, además, al fin del *ramadán* (la cuaresma) una limosna obligatoria y determinada. Por último, un musulmán no puede hacer testamento sin comprender en él á los pobres; y si muere sin dejarles nada ó sin testar, sus herederos están obligados á pagar la manda de los pobres (3).

N.º 4.—*De las acusaciones dirigidas contra el islamismo.*

Tal es la doctrina de Mahoma acerca de Dios, de las relaciones del hombre con el Creador y de las de los hombres entre sí. Daríamos una idea insuficiente del islam si no respondiésemos á las acusaciones que hacen los escritores cristianos á la religión musulmana. Podría creerse que, en el siglo XIX, la intolerancia daba lugar á una apreciación más calmada y más digna; pero nada hay más ciego y más incorregible que la preocupación religiosa. Mahoma será siempre un impostor para los que creen en la relación cristiana; y la obra de un impostor, ¿qué otra cosa podría contener sino fraude é impureza? Esas imputaciones han sido reproducidas en la *Filosofía de la historia de Schlegel*, que, escrita bajo el punto de vista de un catolicismo romántico, no tiene de filosofía más que el nombre. El lector juzgará por lo que el célebre escritor dice del mahometismo.

Se admira Schlegel de que se dé importancia

(1) D'HERBELLOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra Omar.
(2) CHARDIN, *Viajes á la Persia*, t. III, p. 154-156.
(3) G. CAYIGNAC, *De la constitución territorial de los países musulmanes* (*Revista independiente*, t. VIII).

al islam porque predica la unidad de Dios: «¡Vaya un mérito creer en un Dios creador y en un Dios remunerador! También Satanás reconoce á Dios, y, sin embargo, es incorregible. El islam es la religión de los diablos, porque lo que en él domina es el orgullo más desmedido y al mismo tiempo el más hueco. La esencia de la vida árabe consiste en la hostilidad permanente de las tribus, en el espíritu de venganza que se perpetúa á través de los siglos, y esas malas pasiones son las que dominan en el Corán. En lugar de la caridad y del perdón, el islam predica la venganza, el odio y la guerra á muerte contra todos los que no crean en el profeta manchado de sangre y de obscenidad. Todos los pueblos idólatras juntos no han sacrificado tantas víctimas humanas á sus falsos dioses como las que ha inmolado el fanatismo árabe. Y si se busca el principio moral de esa pretendida religión, no se encuentra otro que el del materialismo más abyecto», (1).

Supongamos que un historiador árabe escriba una filosofía de la historia con un espíritu de intolerancia enconosa; ¿qué diría del cristianismo? «Es una religión de orgullo; la fatuidad de los cristianos llega hasta decir que su profeta es hijo de Dios. Todos aquellos que rehusan creer en un dogma reprobado por la razón y contrario á la naturaleza misma de la divinidad son condenados en el otro mundo y atormentados en este. Han propagado su superstición por medio del hierro y del fuego, y á su impotencia debemos la conservación del islam. Su espíritu enconoso, no pudiendo desfogarse contra los musulmanes, se ejercita entre ellos mismos; y un tribunal calificado de santo envía á la hoguera á todos aquellos que no participan de las creencias de un sacerdote que pretende ser el vicario de Dios. Esa religión que se querría imponer al mundo entero no es después de todo, más que una idolatría; los cristianos adoran á un hombre que ha sido creado por Dios como todos los demás hijos de Adán; adoran á los que ellos llaman santos. Y llevan la necedad hasta rendir culto á las imágenes. Nada más singular que su moral: si se les obedeciera, hombres y mujeres se consagrarían al celibato, y el mundo perecería. ¡Gloria á Alá y á su profeta que nos ha preservado de semejante locura!»,

(1) J. SCHLEGEL, *Filosofía de la historia* (lecciones XI y XII).

Dejemos á los cristianos el cuidado de responder al filósofo árabe (a); á nosotros nos será fácil responder al filósofo cristiano, y para ellos nos basta abrir el Corán.

¡*El islam es la religión del orgullo!* — «Dios, dice Mahoma, odia á todo hombre arrogante... No andes orgullosamente por la tierra; ni podrías partirla en dos, ni igualar la altura de las montañas. No te muerdas el labio para manifestar desdén á los hombres; marcha con paso moderado, y al hablar no levantes la voz; la más desagradable de todas las voces es la del asno», (1).

¡*El islam es una ley de venganza!* — Mahoma encontró la venganza arraigada en el alma ardiente de los Arabes, y la moderó, como hizo Moisés. Admite una composición por el homicidio, y establece el talión para prevenir la efusión de sangre; no predica venganza, sino perdón: «Devuelve bien por mal, y verás á tu enemigo cambiarse en protector y amigo. El soportar con paciencia y el perdonar constituye la prudencia de la vida... El que perdona y se reconcilia con sus enemigos encontrará su recompensa cerca de Dios», (2).

¡*El islam es una ley de odio y de guerra!* — Oigamos á Mahoma: «Los creyentes son amigos unos de otros. La paz debe reinar entre ellos, porque son hermanos... Los musulmanes han propagado su religión por las armas, pero no por la intolerancia; el Corán dice: «Nada de violencia en materia de religión», (3). La intolerancia es cristiana; son los ejércitos cristianos los que han bautizado con sangre á los Sajones idólatras y los que han aniquilado á los heréticos Albigenses. El islam es tan poco intolerante, que se ha acusado á Mahoma de ser tolerante; un docto orientalista hace grandes esfuerzos para defenderle de esa acusación, y acaba por decir que los cristianos deben detestar la impía creencia según la cual los hombres pueden salvarse en todas las religiones (4).

(a) Nos parece que Mr. Laurent quiere pagar demasiado caro el título de librepensador. Además, no nos parece buen sistema el de denigrar al cristianismo á cada paso para responder á las objeciones y cargos que se hacen al mahometismo. Y después de todo, esa pintura de la doctrina cristiana es muy de brocha gorda. Volvemos á decirlo: eso habrá sido la Iglesia, el catolicismo, Roma, los frailes, las falsas decretales, los Torquemadas, etc; pero esa no es la doctrina de Jesús, doctrina de perdón y de amor. — (N. del T.)

(1) *Corán*, xxxi, 17 y siguientes.
(2) SALE, sec. VI, p. 519. — *Corán*, xli, 34; xlii, 38, 41; iii, 1-8.
(3) *Corán*, ix, 72; xlix, 9, 10; ii, 257.
(4) BELAND, *De Relig. Moham.*, II, 2.

¡*El islam es una ley material!* — Hé aquí el gran crimen que se imputa á Mahoma hace doce siglos. Se ha llevado la calumnia hasta exageraciones increíbles. ¿Pues no se ha dicho seriamente de los musulmanes, adoradores por excelencia de un Dios único, que adoraban á Venus? *Voltaire*, tan prevenido como estuvo contra el *Impostor*, se indignó, sin embargo, de aquellas necedades: «Yo os lo digo, ignorantes imbéciles, á quienes otros ignorantes han hecho creer que la religión mahometana es voluptuosa y sensual, no hay nada de eso; se os engaña sobre este punto como acerca de otros muchos... Canónigos, monjes y hasta los mismos curas, si se les impusiese la ley de no comer ni beber desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche, durante el mes de Julio, cuando la cuaresma cayese en ese tiempo; si se les prohibiese jugar á ningún juego de azar, bajo pena de condenación; si se les prohibiera el vino bajo la misma pena; si se les obligara á hacer una peregrinación por los abrasadores desiertos; si se les impusiese el diezmo de todos sus frutos y rentas en favor de los pobres; y si, acostumbrados á gozar de diez y ocho mujeres, se les quitasen catorce de un golpe... decidme de buena fe, ¿se atreverían á llamar sensual á esa religión?»

Abramos el Corán y veamos si convida á los hombres á los goces materiales: «La vida mundana se parece al agua que hacemos descender del cielo; las plantas de la tierra se empapan de ella, pero al día siguiente están secas; los vientos las dispersan... La vida de este mundo no es más que un juego y una frivolidad; la habitación del otro mundo es la verdadera vida... El mundo de aquí abajo tiene muy poco valor; la vida futura es el verdadero bien á los que temen á Dios», (1). La vida de este mundo no es para los musulmanes, como para los cristianos, más que una preparación á la vida futura. ¿Es menos santa esa preparación? «Dichosos los creyentes que oran con humildad, que evitan las rencillas con los hombres, que hacen limosna, que guardan las leyes de la castidad», (2). Los mismos enemigos del mahometismo

(1) *Corán*, xviii, 43; lvii, 19; xxix, 64; iv, 79. — Esta noción de la vida conduce al ascetismo: «Los Arabes, dice OELSEN, tienen sus ascetas, sus solitarios, que se aplican maceraciones y se entregan á otras penitencias; la extravagancia de los anacoretas musulmanes iguala á la de los cristianos». *De los efectos de la religión de Mahoma*, p. 182. Memoria premiada por el Instituto.

(2) *Corán*, xxiii, 1-5.

confiesan que la oración es más ferviente, más seria entre los musulmanes que entre los cristianos. La peregrinación y el ayuno no son actos exteriores; nada más contrario á todo ceremonial que el islam: "La mejor provisión para el viaje á la Meca es la piedad. La virtud no consiste en que volváis la cara á la parte de Poniente ó de Levante; virtuosos son aquellos que creen en Dios, que por amor á Dios socorren á sus prójimos, á los huérfanos, á los pobres, á los viajeros, que rescatan los cautivos y que son pacientes en la adversidad," (1).

Los enemigos del islam no han hallado palabras bastante infamantes para censurar el paraíso de Mahoma: "Es la obra de esos espíritus inmundos, dice un abate, que piden permiso á Cristo para entrar en el cuerpo de los cerdos," (2). En verdad que se ve uno tentado á decir con Gibbon que hay envidia en esa indignación. El docto Reland ha probado ya que se calumniaba á Mahoma al afirmar que "su paraíso consiste exclusivamente en los placeres," la mayor felicidad prometida á los elegidos es la visión de Dios (3). Verdad es que, para el común de los creyentes, las huries de ojos negros tienen más atractivo que una dicha espiritual que el hombre no puede comprender. Los apologistas de Mahoma han querido convertir en símbolos los cuadros materiales de su paraíso (4). Nos parece que es dar una falsa idea del mahometismo; el islam no es una ley hecha para frailes y anacoretas, sino que toma al hombre tal como Dios le ha hecho, y en lugar de mutilar la creación, da satisfacción á todas las necesidades de la naturaleza humana. Nosotros podríamos reprocharle que da demasiado al cuerpo, pero importa poco; á lo que hay que atenerse es á la idea, no á la forma que ha revestido en el mahometismo; y en ese sentido, nosotros decimos que el islam, tan execrado es superior al cristianismo. La idea del paraíso cristiano es falsa, como lo es la idea cristiana de la vida presente. Para los cristianos, el cuerpo no es el instrumento del alma, es el enemigo, y tratan de dominarle y de aniquilarle. Ciertamente es que lo hacen resucitar; pero en esta parte, la contradicción se agrega al error; ¿qué hacen en su cielo, del cuerpo, de sus órganos y de sus

(1) *Revista del Oriente*, t. VI, p. 223.—*Corán*, II, 133, 172.

(2) ROHRBACHER, *Hist. de la Iglesia católica*, t. X, p. 31.

(3) PRIDEAUX, *Vida de Mahoma*, p. 25.—RELAND, II, 17.—SALE, sec. IV, p. 503.

(4) CHODZKO, en la *Revista del Oriente*, t. V, p. 50.

funciones? Los anulan; y entonces, ¿para que sirve el cuerpo? El sentimiento de Mahoma es más justo, es el del mosaísmo y el del mazdeísmo. El cuerpo resucitará, pero es para continuar la existencia terrestre, perfeccionándola. Tal es la idea que entraña el paraíso de Mahoma y que prevalecerá en el porvenir sobre la creencia cristiana: la vida futura es una vida material é intelectual á la vez, como la vida de este mundo, pero una vida que va perfeccionándose hasta lo infinito (a).

§ III.—Influencia civilizadora.

Se niega que el mahometismo haya ejercido una influencia civilizadora. "La cuna misma del islam, dice un escritor católico, es en el día la que era antes de Mahoma; los Arabes han retrocedido á su antigua existencia de merodeo y vandalismo, como si no hubiera existido tal profeta. En Oriente, la conquista musulmana ha destruido todo lo que quedaba de las antiguas civilizaciones, y el Africa ha vuelto á caer en la barbarie. La Europa misma ha tenido que suspender la obra de su regeneración para luchar contra la invasión de esos nuevos Bárbaros. Una dominación mortífero se ha extendido sobre la mayor parte del mundo, sobre los países más favorecidos de la naturaleza, no para infiltrarles una nueva sangre, como han hecho los Bárbaros del Norte, sino para detener todo progreso en medio de la apatía del fatalismo," (1).

Ya veremos más adelante si la civilización árabe merece el desprecio que se la prodiga. Se necesita una gran ceguedad para negar los beneficios que la humanidad debe á esos pretendidos Bárbaros del Oriente. ¿Cómo ha podido olvidar el autor de una historia universal que el renacimiento de la filosofía, de la literatura y de las ciencias es debido á los trabajos de los Arabes? Esos Bárbaros, á quienes él acusa de haber detenido el progreso, han sido su instrumento, hasta entre nos-

(a) Aunque pudiéramos, no querríamos pintar de almazarón al mahometismo, como Mr. Laurent se complace en pintar al cristianismo. Pero esas pinturas nos parecen poco serias y no nada filosóficas. Jesús no tuvo el arevimiento que Mahoma; no describió la vida de ultratumba. «Dios no es Dios de los muertos, sino de los vivos», dijo en una ocasión para eludir sabiamente la cuestión de la vida futura. Verdad es que predicaba la inmortalidad del alma y la resurrección; pero no pasó más allá. Este campo se lo dejó á Mahoma y á otros. Hoy lo cultiva provechosamente Flammarión. No quisieramos ver metido en él á Mr. Laurent, y menos haciendo de Pitonisa.—(N. del T.)

(1) CANTÚ, *Hist. univ.*, t. VIII, p. 95, 97.

otros, hombres del Occidente, que hoy los despreciamos desde la altura de nuestra superioridad intelectual. Mientras que la Europa estaba abismada en las tinieblas de la barbarie, una gran cultura brillaba en Bagdad y en Córdoba. Se calumnia al islam al decir que ha servido de obstáculo á la civilización. Si ésta se ha detenido entre los Arabes, es debido menos á la doctrina religiosa que á los pueblos que reemplazaron la raza árabe y que no estaban tan bien dotados por la naturaleza. Si nuestra civilización es superior á la de Oriente, no somos deudores de ello solamente al cristianismo: que se vea lo que ha sido del imperio griego bajo la dominación exclusiva de la religión cristiana. En toda civilización hay un elemento de nacionalidad que el historiador debe tomar en cuenta, y bajo ese punto de vista hay que juzgar al islam y apreciar su influencia. ¿Ha sido el islam superior á la idolatría árabe, al fetichismo de Africa, á la decrepitud bizantina y á la decadencia persa é indiana? La respuesta á estas preguntas es la justificación providencial del mahometismo.

No haremos al islam la injuria de compararle con el fetichismo africano. "Mahoma, dice Leibnitz, no se separó de los grandes dogmas de la teología natural, y sus sectarios los difundieron entre las más apartadas naciones del Asia y del Africa, adonde no había llegado el cristianismo y donde extirparon, en bien de aquellos países, las supersticiones paganas, contrarias á la verdadera doctrina de la unidad de Dios y de la inmortalidad de las almas." Se dice que la influencia del Corán fué sólo momentánea, y que la Arabia volvió á ser lo que antes era. Consultemos los hechos. Antes de Mahoma, cada tribu tenía su divinidad particular; bajo la figura de algunos de sus ídolos, los Arabes adoraban ángeles que se imaginaban pertenecer al sexo femenino y á quienes llamaban hijas de Dios; otros tenían por dioses grandes piedras toscas; la Caba de la Meca era como el Panteón de los Arabes, donde se encerraban nada menos que 360 divinidades; y á la idolatría árabe acompañaba, como á todo politeísmo, la creencia en los genios, en la magia y en la adivinación (1). Alguna vez, en circunstancias solemnes, el culto se hacía sanguinario, y los padres inmolaban á sus

hijos (1). Después de la toma de la Meca, Mahoma declaró una guerra á muertos á los ídolos, y él mismo, dando vuelta á la Caba, fué dando golpes con un bastón que llevaba en la mano á aquellas falsas divinidades y exclamando: "Ha venido la verdad, que la mentira desaparezca." En seguida fueron echadas al suelo y hechas pedazos. Había en la Arabia otros templos respetados por los idólatras, y fué necesario emplear la fuerza para destruirlos; los más célebres guerreros mulsumanes, Ali, Khalid, se distinguieron en aquella guerra antes de vencer á los Griegos y á los Persas (2). ¿Es lícito ahora decir que el estado actual de la Arabia es el mismo que antes de Mahoma? ¿Se adoran ídolos? ¿Se les sacrifican todavía víctimas humanas? ¿Inmolan aún los padres á sus hijos? La vida errante subsiste aún con el bandolerismo; pero esto depende de la naturaleza del desierto, y los Beduinos, aunque fueran cristianos, serían siempre Beduinos (a).

¿Hay más justicia acaso en acusar á los Arabes de haber destruido las antiguas civilizaciones del Oriente? Esas palabras venerables de antiguas civilizaciones son ocasionadas á error acerca del estado real de la Persia y de la India en la época de la conquista mahometana. Yo lo hemos dicho: la religión de Zoroastro, degenerada y corrompida, satisfacía tan poco á las almas, que algunos reformadores radicales habían encontrado apoyo en el sacerdocio y hasta en el trono. La Unidad de Dios había desaparecido ante el dualismo de los magos; y al predicarla los Arabes con las armas en la mano, fueron verdaderos reveladores para la Persia. En cuanto á la India brahmánica, que había rechazado de su seno la reforma buddhista, su antigua civilización se reducía á mantener la más profunda de las iniquidades sociales, las castas. El Corán enseñó á los Indos la unidad original de la raza humana; y bajo su influencia surgieron sectas que reivindicaron la libertad y la igualdad para todos los hombres (2).

Pero ¿el islam no encontró en el Oriente más

(1) HYDE, *De Relig. veter. Persarum*, p. 30.—SALE, V, p. 516.

(2) PERCEVAL, t. II, p. 230, 232, 241.

(a) El mismo sistema y la propia panacea.—(N. del T.)

(3) La religión de los Sikhs es una tentativa de conciliación entre las creencias indianas y el islam, pero dominando estas últimas: unidad de Dios, nada de imágenes, igualdad de los hombres, abolición de las castas (BENFEX, en la *Enciclopedia de Ersch*, sec. II, t. XVII, p. 267).

(1) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, I, 348, 270, 350.—SALE, I, página 471.